

garlos, cuando hay necesidad de hacerlo? Hace lo mismo con los que no pertenecen á su familia? De ningún modo. Pues bién, vosotros sois siervos de Dios, y estais más cerca de él, estais en su misma casa, y os hallais consagrados á los más santos ejercicios: por lo tanto, os trata como cosa suya, y si os dá á probar su bondad, os hace sentir también vuestras faltas, os castiga, y os trata como señor vuestro, que por medio de la correccion, quiere haceros más dignos de sus gracias.

¡O solitarios! no olvideis el ejemplo de los Israelitas, á los cuales no sacó Dios del Egipto para llevarles á la tierra prometida, sino para que fuesen su pueblo escogido. Les dijo que padecerían tribulaciones, y que les castigaría, cuando se separasen de su ley. Se portaba con ellos como un buen padre, que castiga á su hijo, por lo mismo que lo ama. Pues lo mismo hace con vosotros: todas las aflixiones que experimentais son gracias del Señor, y considerándolas bajo este punto de vista, son dulces.

Pero al mismo tiempo considerad cual ha de ser el fin de vuestros trabajos, y á donde os han de conducir. Los que por su amor han sufrido grandes trabajos en la tierra, gozarán una felicidad eterna en el cielo. Teniendo siempre á la vista la promesa de este premio, trabajareis con alegría, y os felicitareis de haber sufrido tantas tentaciones. Si al presente os ejercitais en la piedad, en la humildad y en la compunción, no considerándoos sino como siervos inútiles, aunque me digais que sois grandes pecadores, os doy la preferencia sobre los seglares, cuya virtud os humilla.

He escrito esto para aquellos de vuestros hermanos de la India, que, como me indicais, despues de haber abrazado la vida monástica, se encuentran afligidos por la tentación, y comienzan á disgustarse de su estado, que consideran como el más expuesto á los asaltos del demonio, y

que creen que los seglares son más felices, como si no estuviesen tan expuestos como ellos á los lazos que el maligno espíritu tiende á todos los hombres. Así pues, al escribiros, me he propuesto principalmente hacerles comprender que en adelante no deben llamar feliz al estado de los seglares, sino al suyo, que deben preferir á la diadema de los emperadores, porque es más glorioso á los ojos de Dios, y les acerca más á Él.

§ VII. — *Las canonesas de Persia, ó las hijas de la alianza.*

Terminaremos esta obra con una corta relación del martirio que sufrieron en Persia muchas santas vírgenes en las persecuciones de que ya hemos hablado.

Nadie ignora que el sagrado estado de las vírgenes cristianas es tan antiguo como la Iglesia. Basta leer lo que acerca de él dice Jesucristo en el santo Evangelio, el elogio que hace san Pablo en sus epístolas, y lo que han escrito los santos Padres y autores eclesiásticos de los primeros siglos. Se hallaban distribuidas en tres clases: unas se consagraban á sí mismas á Jesucristo, y tomaban un hábito modesto de un color oscuro, como signo de su profesión. Otras eran consagradas á Jesucristo por el obispo, ó por el sacerdote á quien éste delegaba, y esta consagración se hacía públicamente en un día de gran solemnidad. Otras, en fin, eran elevadas al cargo de diaconisas, y se llamaban canonesas ó hijas de la alianza entre los Sirios y Caldeos, ya porque estaban sujetas á una regla, ó ya porque, habiéndose consagrado á Jesucristo, contraían con este divino Esposo una alianza irrevocable. Mucho tendriamos que hablar de las excelencias de estas vírgenes cristianas, á las que llama san Cipriano ilustre porción del

rebaño de Jesucristo, á las que todos los santos Padres han colmado de elogios, y á las que siempre ha honrado la Iglesia en testimonio de su santidad y de la pureza de su doctrina. Pero no podemos extendernos en esta materia, por muy edificante que sea, sin salir de nuestro objeto principal.

Podrá también creerse que las canonesas, de que aquí nos ocupamos, no tienen relación alguna con la vida de los solitarios, porque la mayor parte de ellas no vivían en monasterios; sin embargo, por lo mismo que por su estado se hallaban separadas de los seglares, y vivían con tanta piedad, observando las mismas prácticas que se guardaban en las comunidades, entregándose á la oración, á la salmodia, á los ayunos, á las vigilijs, al trabajo manual y á otros ejercicios reglamentados, y guardando el más absoluto recogimiento, nos ha parecido conveniente, que, despues de haber hablado en capítulos anteriores de las doncellas que profesaban la vida religiosa, debemos tratar también de ellas, puesto que han seguido las mismas prácticas.

Los Apóstoles y varones apostólicos que predicaron el Evangelio en las diferentes naciones, juntamente con los dogmas de la fé y con los preceptos de la moral cristiana, enseñaron los consejos del celestial Maestro, y no hay duda, por lo tanto, que á medida que la fé fué predicada en la Persia, se dieron á conocer las excelencias de la virginidad. Por esta razón vemos en la historia de este imperio, que muchas personas de uno y otro sexo, comprendiendo el precio inestimable de esta virtud y la corona que Dios le tiene reservada en el cielo, se apresuraron á abrazarla y á dar por medio de ella una gloria especial á Jesucristo y á su Iglesia. Estas dignas hijas de la alianza mostraron en el tiempo de la persecución de Sapor y de otros príncipes enemigos del cristianismo un ánimo esfor-

zado, y no cedieron á los hombres la gloria de triunfar de los más crueles tormentos, que se les hizo sufrir por la fe. Tenemos las actas de algunas de ellas, ora envueltas en las de muchos obispos, sacerdotes, clérigos y seglares, que dieron entonces su vida por Jesucristo, ora escritas expresamente para conmemorar su martirio. Vamos á tomarlas de la sabia colección de Assemani, pero compendiándolas por las razones que llevamos expuestas.

Las que más se señalaron en sus combates, y cuyos nombres nos son más conocidos, son : Tarba con su hermana y su criada, Varda, Tecla, Danata, Tatona, Mama, Mazaquíá, Ana, Hata, Malama, María, otra Tecla, otra María, Tata Ama, Adrama, otra Mama, otra María y Maracha.

Tarba era hermana de san Simeón, arzobispo de Seleucia y de Ctesifonte, á quién hizo dar muerte el rey Sapor. Habiendo caído enferma la reina, esposa de este príncipe, los judíos, á quienes ella favorecía, y de cuyos sentimientos participaba, aprovecharon la ocasión para satisfacer su odio contra los cristianos, y le hicieron creer que Tarba y su hermana le habían dado un veneno para vengarse de la muerte de su hermano. Así se hizo también entender al rey, el cual ordenó al punto que fuese arrestada juntamente con su hermana, siendo, en su consecuencia, conducidas al palacio, para que el gobernador y otros dos jueces las interrogasen. Apenas compareció Tarba ante ellos, quedaron prendados de su singular belleza; una pasión la más violenta se apoderó de sus corazones, y cada uno de ellos concibió la idea de pedirla por esposa al rey. Así es que no se atrevieron á condenarla desde luego, sino que afectando cierto aire de severidad, se contentaron con reprenderla por haber envenenado á la reina.

Tarba tomó la palabra, y les dijo que no habia nada tan frívolo como esta acusación, que no era más que un pre-

texto para hacerlas morir : que siendo cristianas, y profesando un estado de santidad, se horrorizarían de cometer un crimen tan nefando, y por último, que si tenían sed de sangre, de ellos dependía el beberla sin necesidad de acudir á la calumnia. Los jueces, cada vez más encantados de su belleza, quedaron inmóviles durante algunos momentos, guardando silencio, y admirando la prudencia de esta respuesta. Pero el gobernador, tomando nuevamente la palabra, le dijo : En vano es que os disculpeis con la prohibición que hace la religión de atentar á la vida de los demás : habeis preferido faltar á lo que prescribe, vengando la muerte de vuestro hermano con la de la reina.

¿Qué mal creéis haber hecho á nuestro hermano, respondió la generosa Tarba, para que nosotras hubiésemos de vengar su muerte con desprecio de la ley de Dios? Aunque llevados de vuestro odio, le hayais dado muerte, no habeis conseguido otra cosa que procurarle la gloria celestial, que poseerá eternamente, mientras que vuestro pasajero poder no tardará mucho en ser quebrantado. En seguida fueron reducidas á prisión, y el gobernador mandó á decir á Tarba por medio de intérprete, que si quería tomarle por esposo, obtendría del rey su perdón y el de sus compañeras. Los otros dos jueces hicieronle también secretamente la misma proposición; pero ella la rechazó con indignación, declarando que habia consagrado su virginidad á Jesucristo, y que sólo aspiraba á unirse con su hermano Siméon en el cielo.

Viendo estos ministros de la iniquidad que eran inútiles todos sus esfuerzos, pasaron de la pasión del amor á la de un odio encarnizado, y se reunieron para declararla, juntamente con su hermana y su criada, culpable de haber envenenado á la reina. Las denunciaron como tales al rey ; pero éste no las creyó capaces de crimen tan horrendo, y ordenó que las dejasen en libertad, siempre que adorasen al sol.

Se les hizo esta proposición ; pero unánimemente la rechazaron, declarando que nunca tributarían á una criatura el honor debido al Criador, y que por grandes que fuesen los tormentos que se les hiciesen sufrir, jamás se separarían de Jesucristo. Al oír esta confesión, gritaron los magos que se hallaban presentes, que era necesario que muriesen aquellas mujeres que habían envenenado á la reina : pues habian hecho creer á esta princesa que sería curada, si despues de haber hecho pedazos los cuerpos de estas vírgenes, pasaba hollándolos con sus pies.

El rey las entregó á su furor, y en este intervalo el gobernador hizo nuevas tentativas cerca de Tarba ; pero ésta le respondió con la misma firmeza que antes, añadiendo que prefería morir antes que conservar su vida al precio de semejante crimen. Habiendo llegado, en fin, al lugar del suplicio, se ató á cada una de ellas á dos postes, y fueron aserradas por medio del cuerpo, suspendiéndose tres de estas mitades á un lado, y las otras tres á otro, y haciendo que la reina pasase por medio, seguida de las tropas del rey, que con este objeto salieron de la ciudad. El martirio de estas santas ocurrió el ocho de mayo del año 341, que era el trigésimo segundo del reinado de Sapor, y el segundo de la persecución.

Varda, ó Rosa, vírgen consagrada á Jesucristo, sufrió la muerte por este divino Señor juntamente con el presbítero Daniel, dos años antes que san Milis. En muy pocas palabras refiere san Marutas su historia. Dice que Varda era oriunda del país de los Baziquitas, y que, por ser cristiana, fué encarcelada por orden del gobernador de esta provincia, juntamente con el presbítero Daniel. Durante tres meses, dice san Marutas, se les hicieron sufrir los más crueles tormentos : les atravesaron los pies con duros clavos : los tuvieron sumergidos cinco días en agua helada, y viendo el gobernador que estaban dispuestos á dejarse despe-

dazar antes que renunciar a su fe, los hizo decapitar el 21 de febrero del año 344, que era el quinto de la persecución de Sapor.

El 21 de abril del mismo año se dió muerte en Seleucia á ciento veinte cristianos, algunos de los cuales se hallaban en esta ciudad, y otros en diversos parajes de la provincia. Había entre ellos nueve vírgenes consagradas á Jesucristo, y varios sacerdotes, diáconos y ministros de diferentes órdenes. Se les encerró primeramente en una lóbrega prisión, en que tuvieron que sufrir todo género de incomodidades y privaciones; pero una piadosa señora de la ciudad de Arbala, en la Hadiabena, llamada Jazdundocta, es decir, dada por Dios, encontró un medio de socorrerlos. Allí estuvieron con los demás confesores durante diez meses, siendo sometidos á diferentes interrogatorios y azotados con gran frecuencia. Su constancia triunfó al fin de la barbarie de los magos, que eran los principales instigadores de la persecución, siendo decapitados todos estos esforzados confesores. La generosa Jazdundocta no los abandonó ni aún despues de haber sido condenados á muerte, pues dió sepultura á sus cuerpos en un lugar apartado de la ciudad é ignorado de los magos.

Poco escribe también san Marutas acerca del martirio de santa María, virgen consagrada á Jesucristo, que padeció juntamente con su hermano, el sacerdote Jacobo, el 22 de marzo del año 346, séptimo de la persecución. Eran naturales de la aldea de Thel-Sciabile: se les quiso obligar á que comiesen sangre, cuyo acto era considerado por los persas como una prueba de que renunciaban á su religión, y habiéndolo rehusado, fueron destrozados sus cuerpos á fuerza de azotes. Mientras que se les atormentaba con este cruel martirio, tenían levantadas sus manos al cielo, y puesto su espíritu en Dios, para que los fortaleciese con su gracia. Viendo el tirano que no podía vencerles, ordenó á

un hombre, que decía ser cristiano, pero que no lo era más que en el nombre, que les cortase la cabeza, prefiriendo de esta manera perder miserablemente su alma, antes que dejar las ventajas temporales de que gozaba en el mundo.

El mismo san Marutas hace la relación del martirio de las hijas de la alianza, que lo sufrieron tres meses despues del sacerdote Jacobo y de su hermana María. Habiendo llegado á conocimiento de Narséz Tam-Sapor, que es el que dió muerte á estos, que en poder de Pablo, sacerdote de la aldea de Casciaz, había sumas considerables de dinero, se propuso darle muerte con objeto de apoderarse de estos tesoros. Envió á algunos soldados, para que cercasen su casa, y se apoderasen de él, así como de la caja en que guardaba el dinero.

Aprovechando esta ocasión, se apoderaron de cinco doncellas, llamadas Tecla, María, Marta, otra María y Ama, y consagradas á Jesucristo. El gobernador Narséz hizo que Pablo compareciese primeramente ante su tribunal, y le dijo que, si quería adorar al sol y comer sangre, obedeciendo de esta manera el mandato del rey, lo dejaría en libertad, y le entregaría todo su dinero. Pero este miserable, que amaba su fortuna más que su alma, respondió que estaba dispuesto á hacer todo cuanto se le exigiese.

Narséz, que no era ménos avaro que él, se sintió molestado con esta respuesta, pues hubiera deseado que hubiese permanecido firme en su fe, para tener un pretexto con que darle muerte y apoderarse de sus bienes. Pensó, pues, en otros medios para realizar sus designios, y le propuso que cortase con sus propias manos la cabeza á las cinco vírgenes que con él estaban encarceladas, creyendo que esta proposición le horrorizaría, y que su negativa le proporcionaría ocasión de perderle. Pero Pablo, poseido de la misma pasión que Judas, consintió en todo, y defraudó las esperanzas de Narséz.

En su consecuencia, hizo éste comparecer á las sagradas vírgenes, y mirándolas con semblante terrible, les dió á escoger entre odorar al sol, ó casarse, ó morir en los tormentos, si rehusaban obedecer las órdenes del rey. Todas unánime é intrepidamente respondieron, que nada les haría desobedecer la ley de Dios para seguir la del príncipe.

Narséz hizo que saliesen de la sala, y que fuesen azotadas, lo cual fué ejecutado con crueldad tan excesiva, que sus cuerpos quedaron cubiertos de llagas. Mientras que se las sometía á este terrible tormento, ellas no cesaban de decir: Jamás tributaremos al sol el culto que sólo es debido á Dios: vosotros sois insensatos por obrar de otra manera. Una vez terminada esta sangrienta ejecución, pronunció Narséz la sentencia de muerte, y haciendo llamar á Pablo, le dijo: Ea, pues, cortad la cabeza á estas doncellas, y os prometo que se os devolverán vuestros bienes.

El pérfido Pablo, á quien había cegado la avaricia, se acercó, con la espada en la mano, á las vírgenes para herirlas. Viéndole estas inocentes víctimas en actitud de descargar el golpe, y llenas de dolor por la crueldad y apostasía de este desgraciado, le dijeron: « O indigno pastor, ¿ es así como apacentais vuestras ovejas? De pastor de vuestro rebaño, os habeis trocado en el lobo que lo devora. Ya no tomáis en vuestras manos el cuerpo y sangre de nuestro Redentor para darnos el alimento de vida eterna, sino la mortífera espada que ha de llavarnos á la posesión de este Maestro celestial. Sí, vamos á él, que es nuestra posesión y herencia; pero no creais que, quitarnos la vida, habeis de recuperar vuestro dinero. Dentro de poco estaremos en la presencia del juez soberano, y nuestra sangre, que vais á derramar, clamará contra vos, y atraerá sobre vuestra cabeza el terrible castigo que tan justamente mereceis por vuestra perfidia. Apresuraos, pues,

á darnos muerte: ¿ qué os détiene? No queremos vivir más, para no ver vuestro cuerpo colgado y estrangulado. »

Es indudable que el espíritu de Dios es el que ponía esta predicción en su boca. Efectivamente, el endurecimiento de este desgraciado había llegado á su colmo, así es que en lugar de venir á verdadero conocimiento con estas severas amenazas, ó de avergonzarse á vista del pueblo que se hallaba congregado, y que no le miraba sino como un hombre digno de execración y de horror, les cortó la cabeza, cual si durante toda su vida hubiese ejercido el cargo de verdugo. Pero no tardó mucho tiempo en sufrir la pena que había merecido: pues Narséz que sólo aspiraba á apoderarse de su dinero, lo hizo encarcelar de nuevo, y temiendo que el rey lo llamase á su tribunal y lo dejase en libertad, se aprovechó de las tinieblas de la noche, y ordenó á unos soldados de su confianza que lo estrangulasen.

Aquí terminamos la *Historia de los solitarios*, y rogamos al Señor que con su gracia nos ha asistido para llevarla á cabo, que la haga contribuir á su mayor gloria, y que pueda servir de edificación á los que la lean con espíritu de piedad.